

al amparo de la falta de espíritu revolucionario con que se desorienta a las masas socialistas.

¿Cuál ha sido la trayectoria del movimiento socialista en Europa después de la guerra? Pietro Nenni, dice, refiriéndose a Italia, palabras que se pueden aplicar a todos los países de dicho continente. "Era la situación una de las más difíciles. La guerra dejaba al pueblo lleno de amargura y al propio tiempo de ilusiones. Se tenía sed de justicia y de libertad. De las trincheras al fin apaciguadas retornaban los soldados trayendo en su corazón el rencor por los sufrimientos padecidos y el deseo de un orden nuevo. Los rebelaba el contraste de su vida mísera y la pobreza de sus familias, con la existencia lujosa e indolente de los nuevos ricos. Los aldeanos del mediodía regresaban a sus hogares para reivindicar la tierra que se les había prometido. Los obreros volvían sus miradas a Rusia, que había sabido transformar la guerra imperialista en guerra civil." Y más adelante agrega. "León Trotsky ha escrito que si no triunfó en occidente la revolución, al final de la guerra, fué debido a la impotencia de los partidos socialistas".

Es necesario repetir una vez más que, en momentos en que todos los factores estaban de parte del proletariado, el movimiento socialista contribuyó a la estabilización de los gobiernos de la burguesía, manteniendo una política de colaboración.

Esta impotencia revolucionaria es la que ha facilitado el triunfo del fascismo en numerosos países del mundo; y en aquellos en que aún se mantienen las formas democráticas de gobierno, la reacción amenaza acabar con ellas.

Se hace de la democracia un fetiche y se apuntala a los gobiernos burgueses como pretexto de defenderla. Y mientras para el proletariado se alejan las posibilidades de conquistar el poder, finalidad de toda su lucha, la burguesía se estabiliza en el mismo, armando sus legiones reaccionarias.

Ante este estado de cosas, cabe que nos preguntemos si la finalidad de la clase trabajadora políticamente organizada, es la de luchar por el triunfo del socialismo, o apuntalar los gobiernos capitalistas.

Contra esta tendencia colaboracionista que ha fracasado prácticamente en todos los países en los cuales se aplicó, tales como Inglaterra, Alemania, Austria y España, la masa del partido debe expresar con claridad su pensamiento extraño a toda intención de colaboración, y a toda pretensión de convertir el socialismo en una fuerza liberal de la burguesía, como parece pretenderse.

La caída estrepitosa del socialismo alemán, que había relegado al archivo todo su contenido revolucionario y marxista, y el desarrollo del fascismo en todo el mundo, hizo esperar con acrecentado interés el último congreso de la Internacional.

Se creyó por un momento, que los últimos acontecimientos indicarían a los dirigentes la necesidad inmediata de dar directivas revolucionarias al socialismo, pero para las generaciones de anteguerra, educadas en una política de compromisos y agitación electoral, esto no ha sido posible. Las resoluciones votadas en París, pese a la oposición de una minoría, no pudieron ser más desalentadas. Se recomendó a los partidos socialistas lu-

char democráticamente en los países democráticos y apelar a los métodos revolucionarios, allí donde este sistema "hubiese sucumbido".

Nada más imposible que aceptar estas directivas como emanadas de un congreso en el que estuvieron presentes, los hombres más caracterizados de la internacional socialista. Esperar el triunfo de la reacción capitalista, para recién entonces apelar a los métodos revolucionarios, significa entregar el movimiento obrero al fascismo tal como ocurrió en Alemania. ¿Cómo es posible suponer que una vez triunfante la reacción, y destruidas las organizaciones, recién entonces se prepare la lucha revolucionaria?

Mientras los partidos socialistas se sometan a estas directivas, sus posibilidades de oponerse al fascismo serán nulas.

Hemos señalado en líneas generales la trayectoria errada del movimiento socialista. Esbozaremos rápidamente la posición de nuestro partido.

Marchamos en la línea del reformismo que ha orientado a las organizaciones socialistas cuya caída ha sido más estrepitosa, y cuando sostenemos la necesidad de imprimir al partido directivas marxistas, formando en la masa una mentalidad revolucionaria, se nos tilda de estar reñidos con la realidad.

Se invoca constantemente que hay que dar pruebas de capacidad constructiva. Parece que el ejemplo de Austria, reedificada por los socialistas después de la guerra, y donde pese a esto nada impidió el golpe fascista, no ha servido aún de ejemplo. La capacidad constructiva la da un partido socialista, demostrando su voluntad de luchar por la conquista del poder y trazándose un programa para aplicar desde el mismo.

La lucha contra el fascismo es débil, no oponiéndose una movilización de las masas obreras y campesinas; y pese a las características fascistas del gobierno que coarta las libertades más esenciales del movimiento obrero, se persiste en una política de tolerancia y colaboración parlamentaria.

La posibilidad de un nuevo golpe de estado, que nos coloque en la ilegalidad, no ha bastado para que se piense en dar al partido junto a su estructura legal otra ilegal, que pueda, dado el caso, movilizarse en pocas horas para iniciar sus tareas bajo una dictadura. Por otra parte, el estudio de la economía del país no se hace con un criterio marxista. No se ha planteado a las masas el problema del imperialismo, desaprovechando las posibilidades que para una campaña ofrecía la entrega del petróleo al capitalismo extranjero y el peligro de que la conquista de este mineral nos embarque en la guerra del Chaco.

La democracia es todo nuestro programa, cuando en realidad no puede ser más que uno de los tantos medios de lucha, pero lo realmente paradójico es que aun cuando el gobierno va restringiendo cada día más las formas democráticas de nuestra legislación, no se efectúa una lucha real por su defensa.

Las desviaciones democráticas están minando la base de nuestro partido, y esperan horas dolorosas para el proletariado de nuestro país, si es que se persiste en la política seguida hasta el momento.

Bernardo Edelman

PUBLICACIONES

"LA IDEA SOCIALISTA" DE HENRY DE MAN. — Hace pocas semanas ha llegado la versión española del libro de Henry de Man, titulado "La idea socialista", en el que se resumen las "nuevas" concepciones de este típico ejemplar de centrista, que quiere salvar al socialismo reformista en bancarota, con un nuevo reformismo que contiene todos los vicios de aquél. De Man fustiga con energía al reformismo, y su despiada crítica la consideramos justa y podríamos subscribirla en gran parte, pero cuando llegamos al momento en que es preciso concretar cómo se debe superarlo, el autor cae de nuevo en el reformismo, con su plan de socialización. De Man opondrá al reformismo de pequeñas reformas, que considera definitivamente fracasado, el reformismo de grandes reformas, pero no sale del reformismo, a pesar de que manifiesta reiteradamente su absoluta ineficacia para los fines del proletariado. De Man, como reformista que es, subestima la cuestión del poder y cree que todo puede resolverse si el socialismo hace un programa de grandes reformas para atraer a las masas y lograr el gobierno mediante el triunfo electoral. Toda la diferencia entre el reformismo de De Man y el viejo reformismo estriba en que aquél publicará desde el gobierno su programa de grandes reformas y procederá a la socialización en algunos aspectos de la industria, el comercio y el transporte. Pero De Man no se plantea la cuestión del poder, que para nosotros es fundamental, porque ello lo obligaría a reconocer, junto con el fracaso del reformismo la necesidad de la teoría y la acción revolucionarias para el triunfo del proletariado. En esto consiste precisamente la habilidad del centrista, que cumple su misión salvadora para el reformismo inventando un nuevo reformismo que se pretende está purgado de los vicios y defectos del anterior. La fraseología izquierdista inunda las críticas de estos pretendidos enemigos del reformismo, pero llegados al punto culminante de la divergencia entre el socialismo reformista y el revolucionario — la cuestión del poder — podemos apreciar la íntima solidaridad que existe entre los centristas al estilo de De Man y los viejos derechistas de quienes aquél dice que deben abandonar de una buena vez la dirección del movimiento proletario, por su incapacidad para orientarlo de acuerdo con las modalidades que debe adoptar ante la realidad actual que obliga a una amplia rectificación.

Cierto está que frente a muchos de nuestros camaradas, que predicaban, aún hoy, las bondades del reformismo, muchos de los conceptos de De Man son terriblemente revolucionarios. Y es más claro todavía que quienes usan a De Man para defender al viejo reformismo — como sucedió en el último congreso de nuestro partido — no conocen a De Man o sólo citan de él lo que les conviene, pero no hacen referencia alguna a sus críticas contra la ilusión reformista de la vieja generación de dirigentes del movimiento socialista. Ojalá quienes hablaron usando a De Man fueran capaces de decir algunas de las cosas de éste. Eso sería en ellos un progreso muy grande, ya que significaría la superación del viejo reformismo bernsteiniano, que orienta todas sus acciones.

Pero para el proletariado y el socialismo el centrista puede significar un daño grandísimo, porque ilusionados por la fraseología revolucionaria y antireformista de los De Man, muchos militantes sinceros, que están ya en vías de curarse del fetiche legalista y democrático y quieren superar sus prejuicios reformistas pueden caer en este reformismo de nuevo cuño, que se presenta hoy como un grave peligro para la acción socialista y como un arma eficaz para que los viejos reformistas impidan que las masas tomen por fin el camino de la lucha, el de la toma del poder y la instauración del régimen de transición indispensable para poder proceder a la socialización, la dictadura del proletariado, que preconizan ahora los alemanes después de la derrota y que señala como el obligado Adler en los países en que ya ha triunfado el fascismo. Nosotros lo auspiciamos — como una grande fracción del socialismo internacional — para consolidar el poder obrero y hacer posible la socialización y la construcción del socialismo y no como algo hipotético para usar sólo cuando el fascismo ha derrotado momentáneamente a la clase obrera.

El centrista constituye, pues, un grave peligro contra el cual es preciso reaccionar a tiempo. Más aún cuanto que han salido algunos discípulos de De Man en nuestro partido. Por eso pensamos dedicar una atención preferente y este rápido comentario del libro de De Man no es más que un toque de atención. En próximos números trataremos de hacer un análisis del centrista, más deta-

llado, tomando las ideas de otros centristas, que hasta hablan de la dictadura proletaria, pero que no dejan de ser reformistas de nuevo cuño. Y para terminar, séanos permitido demostrar cómo preveía el fracaso del reformismo en tanto como De Man, cuya posición hemos tratado de fijar rápidamente. Dice De Man:

"El orden social existente es cada día más insoportable, ya no es susceptible de mejoramiento, sólo cabe su destrucción. El deseo de reforma, por muy fundado que esté en las necesidades sociales, está condenado, o a la ineficacia, o a llenar una función meramente conservadora." "Es preciso acometer, con el mismo espíritu de inmediatez y responsabilidad práctica con que antes se pedían las reformas, la destrucción de un orden social incapaz ya de mejoramiento." Luego agrega: "En una situación en que, aún fuera de la clase obrera, echas raíces la duda y las desesperanzas que engendra el capitalismo, constituirse en enfermera de éste es renunciar a tales fuerzas colectivas en pro de una ilusión. Por el contrario, deberíamos comprender con claridad y hacerlo comprender a los obreros, que todos los medios palliativos que se proponen salvar sin revolución el orden económico actual son ineficaces." Más adelante dice: "El reformismo ya ha tenido que reconocer su debilidad varias veces cuando, a pesar de situación parlamentaria favorable, chocó contra los poderes extraparlamentarios del capitalismo, que son decisivos — la banca, el poder del dinero, el ejército o la milicia fascista."

Afirma que es necesario cambiar a los viejos jefes porque el cambio del socialismo en su ruta implica una nueva generación, "hacen falta nervios no gastados, hacen falta energía y audacia en campos y temas para los cuales no sirven los viejos jefes, hábiles para la acción parlamentaria solamente y poseedores de una prudencia exagerada. "El ascenso de los jóvenes no sería, sin embargo, más que una forma de arribo colectivo si no se propusieran imprimir otra dirección al movimiento."

Es interesante leer lo que dice De Man acerca de la democracia, cuando se refiere a la necesidad de que los partidos obreros cambien su actitud frente a Rusia, presidiéndole todo su apoyo: "La 2ª internacional no necesita una política de emigración. Su frase de "países sin democracia", que equipara a Rusia con Italia es falsa. Mientras que el fascismo italiano ha destruido una democracia parlamentaria, la revolución rusa ha reemplazado el zarismo por un sistema de soviets que sería en todos sus extremos más democrático que cualquier república occidental de Europa, sino fuera por la dictadura de partido, de la cual se puede hacer abstracción y que, según la doctrina comunista, sólo tiene un carácter transitorio." Y por fin, no podemos dejar de reproducir un párrafo que se refiere a la unidad proletaria y que dice así: "El restablecimiento de la unidad política de la clase obrera, lejos de ser un obstáculo para una alianza con la parte anticapitalista de los labradores, de la clase media proletarizada y de los intelectuales, es el supuesto previo para su obtención. En tiempos anteriores hubo cierta razón para creer que la ayuda de estas clases había que comprarla con una renuncia al radicalismo de los ideales y con un refuerzo del oportunismo reformista. Hoy las cosas están de otro modo, por lo menos en países como Alemania, en donde el voto de estas clases medias es menos reformista que el de la socialdemocracia. La superación del reformismo socialdemócrata y la unificación de los obreros, hecha posible por este camino, es la primera condición que debe ser realizada para que el socialismo proletario en lucha contra el capitalismo pudiera volver a desempeñar otra vez el papel de vanguardia. El interés común de todas las clases anticapitalistas que luchan por sus intereses inmediatos sólo puede restablecerse en el plano de un ideal de intereses comunes, por lejano que sea, en el comunismo".

Reproducimos estos párrafos esperando que los camaradas han de estudiarlos con espíritu crítico, teniendo en cuenta las observaciones — que prometemos ampliar y aclarar debidamente en próximos números — hechas más arriba. Los incitamos, además, no sólo a que fijen su posición netamente antireformista luchando contra el "antireformismo" de los De Man, sino también a poner sobre el tapete de las discusiones la cuestión del poder, que separa claramente a reformistas y revolucionarios y sobre el cual nuestro punto de vista es imbatible, ante experiencias cercanas y dolorosas. — Adolfo SPECTOR.